

## LOS VOLCANES DESPIERTAN

Estela Leñero

1.

*En la semioscuridad apenas se distinguen dos cuerpos:*

*Un hombre sentado sobre una piedra con el torso descubierto, pelo largo y los pies descalzos. Un taparrabo cubre su sexo.*

*Junto a la piedra descansa un penacho con plumas de quetzal y un libro rojo muy usado.*

*El hombre fuma un puro.*

*Espera.*

*Observa a la mujer dormida recostada sobre una piedra; una túnica blanca cubre su cuerpo; su pelo negro, largo y suelto, se desliza por la piedra hasta el suelo.*

*Amanece.*

*En el horizonte y entre neblina se vislumbra, poco a poco, la imagen de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Volcanes que se observan desde la ciudad de México.*

HOMBRE:

*(Se inclina sobre la mujer y pone su mano en el pecho de ella.)*

Todavía estás aquí.

¿Pero dónde?

¿Me escuchas?

¿O sólo lo que leo para ti?

*(Pausa.)*

Nuevamente está amaneciendo.

¿Sientes la luz?

*(Pausa.)*

*(Decide tomar el libro y leerle a la mujer la última página.)*

Los mares y la tierra se llenarán de fuego

y brotarán enormes corrientes de lava y de cráteres encendidos.

Todo será fuego, incendio y calor bajo un silencio absoluto.

Habrá llegado el reino de Quetzalcóatl.

*(Cierra el libro.)*

¿Te das cuenta? Tú y yo nos incendiaremos y volveremos a vivir.

Pero en medio de la desolación.

Lava y cráteres encendidos, calor y muerte, terror y fuego.

*(Le dice al oído)* Sólo los hombres verdaderos se convertirán en aves y huirán por el horizonte.

*(Pausa.)*

El libro se acabó.

¿Y ahora, qué voy a leerte?

2.

*Una NIÑA SIN PELO llega a una cueva.*

*Carga un morral. Es una indígena de la región.*

*Con varios leños prepara una fogata.*

*Mientras:*

3.

HOMBRE: *(Fuma)*

¿Te acuerdas cuando bailábamos a escondidas?

Te tenía en mis brazos diciéndote secretitos de cuánto te quería  
y tú me soplabas al oído y hasta me decías mi amor.

Los de aquí podrían organizarnos una fiesta

y mientras bailamos te contaría cómo nos fuimos felices toda la vida.

Aunque eso no haya sido cierto.

Te invento nuestra historia en medio de cuetes, tamales y fiesta.

*(Acaricia el cabello de la mujer.)*

*El hombre se percata de la presencia de la Niña sin pelo. La oye, pero no la ve.*

*Ella lo percibe en las llamas de la fogata.*

HOMBRE: ¿Quién eres tú?

NIÑA SIN PELO: Soy la elegida.

Sobreviví cuando me cayó un rayo.

Desapareció mi pelo y cambió mi piel.

HOMBRE: ¿Dónde estás?

NIÑA SIN PELO: En el Ombligo del volcán.

Los dioses y los hombres, aquí conversamos.

HOMBRE: ¿Y cómo llegaste?

NIÑA SIN PELO: Sólo los temperos de los volcanes sabemos llegar a esta cueva. Si los hombres barbados lo saben, recibimos cien azotes, nos clavan espinas y nos dejan morir.

HOMBRE: Por ellos estamos aquí.

Ellos cambiaron nuestros los nombres.

¿Y no tienes pelo?

NIÑA SIN PELO: Mi padre, el tempero mayor, me esconde para evitar las burlas.

No voy a la escuela, no salgo de casa.

Sólo puedo venir aquí.

Pero soy la elegida.

HOMBRE. A mi también se me está cayendo el pelo y la nieve.

Hasta tengo joroba de tanto esperar.

Y no soy el elegido.

NIÑA SIN PELO: ¿Y qué esperas?

HOMBRE: Me sacó de su vida y se puso a soñar.

Cuando llegué, ya estaba dormida.

NIÑA SIN PELO: No sabe que estás aquí.

HOMBRE: Mi condena es no poder irme sin ella.

Pero yo no he cometido ningún pecado.

(A la mujer) Tú padre fue el que me mandó a la guerra para separarnos.

Yo me sacrificué por ti.

Aunque aquí dicen que tú eres la sacrificada.

¿Te acuerdas de esa parte del libro?

NIÑA SIN PELO: ¿Cuál libro?

HOMBRE: El de nuestra historia.

NIÑA SIN PELO: ¿Cuál historia?

HOMBRE: La que ha pasado mientras ella duerme.

¡No me distraigas niña!

*(A la mujer)* Yo creo que esa es la peor parte.

La de la tortura.

¿Te acuerdas?

Cuando la leí te vi pestañear.

Un instante,

por un segundo sentí tus ojos

moviéndose bajo tus párpados.

Pero nada más.

*(Transición.)*

¡Voy a volver a leerte ese fragmento, el de Santa Rosa de Lima!

NIÑA SIN PELO: Por ella le pusieron Rosa a la Volcana.

HOMBRE: Shhhhh.

NIÑA SIN PELO: Ella no oye.

HOMBRE: Vete de aquí.

*(A la mujer)* Perdóname mi amor.

*(Busca en el libro.)*

NIÑA SIN PELO: Mi padre me dio este huevo y esta yerbita para curarla;

dos botellitas amarradas con un cordón y tres piedras: roja, verde y amarilla.

HOMBRE: Sé que es doloroso;

los blancos la escribieron, pero eres tú.

No tiene nada que ver con tu vida, pero está en nuestro libro.

*(Pasa las hojas con rapidez)*

Quizá vuelvas a parpadear cuando te lea ese fragmento.

Aquí está mi querida Rosa.

Óyeme bien:

*El hombre lee y la mujer se mueve poco a poco como si tuviera una pesadilla.*

HOMBRE:

Desde muy joven Santa Rosa de Lima estuvo en guerra con su cuerpo.  
Igual a un general que planea su ofensiva para castigar todas las potencias del enemigo,  
Rosa lastimaba todas las partes de su cuerpo,  
castigando a unas mientras se curaban otras  
y volviendo luego a castigar las heridas apenas cicatrizadas.  
A los quince años, su confesor Juan de Lorenzana  
le permitió que ella misma se diera cinco mil azotes como los que había sufrido Jesucristo.  
Usaba además una cadena de hierro  
con la que todas las noches se azotaba hombros y espalda  
hasta que la sangre manchaba su ropa, las paredes y el piso de su celda.  
Cuando le prohibieron seguir usando la cadena para lastimarse,  
se la puso en la cintura apretándola con un candado  
y ocultando la llave donde nadie pudiera encontrarla.  
Tuvo que quitarse los eslabones incrustados a su piel porque le dio la ciática.  
Un devoto le regaló un silicio y ella lo llenó de agujas  
para que quedaran enterradas en su cuerpo.  
Años más tarde se lo quitaron  
porque los vómitos de sangre casi la llevan a la muerte.  
Durante su vida monástica tuvo varias revelaciones que aliviaban sus padecimientos  
y visiones diabólicas con las que Satanás pretendió distanciarla del camino de la santidad.  
Usó una corona de espinas de estaño con la que muchas veces perdió el conocimiento.  
Quemó las plantas de sus pies en el horno para castigar el único lugar que había escapado a  
sus suplicios.  
Durmió siempre en el suelo o en un lecho de tablas preparado con piedras y astillas.  
Sus ayunos eran de pan y agua  
y en la cuaresma sólo comía pepitas de membrillo y a veces nada.  
Durante dieciséis años Santa Rosa de Lima  
ejecutó sobre su cuerpo el más metódico y severo de los castigos  
hasta que a los treinta y dos años murió al sufrir hemiplejía, gota y asma.  
Esta Santa la trajeron los de la Orden de Santo Domingo

después de que se fueron los franciscanos.

Ahora es Rosa la Volcana a la que los de Xalizintla veneran cada agosto.

*Pausa.*

Rosa la Volcana.

Manuela.

Izta.

TÚ.

*(Cierra el libro.)*

*(Se le acerca)* ¿Estás llorando, Izta?, ¿estás llorando?

*(Retira de sus ojos pequeños cubos de hielo).*

Sí estás llorando.

*(Feliz)* ¡Por fin!

*(Grita a los cuatro vientos y el eco le responde)* ¡La Volcana despertó!

*El HOMBRE empieza a brincar. La tierra se estremece. Tiembla.*

2.

*La NIÑA SIN PELO se alerta cuando el HOMBRE brinca. Tiembla en la cueva. Ella ha preparado la ofrenda. De su morral ha sacado diferentes objetos para colocarlos en la tierra alrededor del fuego.*

3.

MUJER: *(Despierta. Se estira, bosteza, se acurruca)* ¿Qué horas son?

HOMBRE: ¿Qué horas, qué?

MUJER: ¿Ya es de día?

HOMBRE: De día y de noche, de día y de noche.  
¡Han pasado miles de años!

MUJER: ¿Ya llegaste?

HOMBRE: ¿De dónde?

MUJER: De la guerra.

HOMBRE: ¿Cuál de todas?

MUJER: La de ahora.

HOMBRE: Izta, si supieras todo lo que ha pasado desde que te dormiste.

MUJER: Me dijeron que habías muerto.

HOMBRE: Casi me vence el tiempo.

MUJER: Por eso escapé y me perdí en el bosque.

HOMBRE: Y yo te seguí.... Y te esperé.

MUJER: Morí por ti.

HOMBRE: Yo no me he ido.

MUJER: ¿Cómo está nuestro jardín?

HOMBRE: Deshecho.

MUJER: ¿Y nuestras dulcísimas piñas?

HOMBRE: Amargas.

MUJER: ¿Y nuestras larguísimas caminatas?

HOMBRE: Sólo viven porque me acuerdo.

MUJER: ¿Entonces qué ha pasado?

HOMBRE: Lo que has visto en tus sueños.

MUJER: En mis sueños te olvidé.

HOMBRE: Pero oías lo que te contaba.

MUJER: ¿Y qué me contabas?

HOMBRE: Lo que tú soñabas.

MUJER: ¿Y qué soñaba?

HOMBRE: Lo que está escrito en este libro.

MUJER: ¿Y no inventabas?

HOMBRE: Unas veces.

MUJER: No conocía a nadie en mis sueños.

HOMBRE: Yo era Gregorio y tu Manuela y Rosa también.

MUJER: Mi nombre es Iztaccíhuatl y tú eres Popocatépetl.  
No me confundas.

HOMBRE: Cambiaron nuestros nombres.

MUJER: ¿Por qué?

HOMBRE: Ya no eres princesa ni yo soy príncipe.

Llegó otro más poderoso y nos mandaron lejos.

En secreto nos veneran bajo el nombre de Gregorio, Rosa o Manuela.

Así te llaman en el libro, aunque tú sigues siendo Izta.

MUJER: No sabía que yo era Manuela y Rosa.

HOMBRE: Era obvio.

MUJER: No lo supe.

HOMBRE: ¿Y las viste en tus sueños?

MUJER: Andaban por ahí.

HOMBRE: ¿Y no te reconocías en ellas?

MUJER: Yo soy ésta, claro que me reconozco.

HOMBRE: En tus sueños.

MUJER: En mis sueños yo no estaba.

HOMBRE: ¡Eras ellas!

*(Transición.)*

HOMBRE: *(Furioso)* ¡Todo el tiempo te soñaste, pero para despertar, tenías que reconocerte en tus sueños! ¡Carajo!

MUJER: Me hubiera gustado saber que era yo a la que soñaba.

HOMBRE: Siempre fuiste ellas. ¿No te diste cuenta?

MUJER: No quería ser ellas.

HOMBRE: Entonces por qué despertaste.

MUJER: Tuve una pesadilla y no soporté que se repitiera.

Al ver mi cuerpo lastimado quería despertar y no dejarme morir.

HOMBRE: Era Santa Rosa de Lima.

La diosa del volcán.

Sí, estabas llorando.

Tal vez por eso despertaste.

MUJER: Yo no soy ese cuerpo mutilado.

¿Cómo alguien puede hacerse tanto daño?

Sin mi cuerpo, ¿cómo correría a buscarte?

Sin mi cuerpo, ¿quién sería en nuestro jardín?

Tenía que conservarlo intacto.

Por eso desperté.

HOMBRE: Despertaste por lo que yo te leía.

MUJER: Podías haber inventado una mejor historia. Nuestra.

HOMBRE: Todo ya estaba inventado.

MUJER: ¿Dónde quedó tu espíritu guerrero?

HOMBRE: ¿Sabes la fuerza de voluntad que se necesita para esperarte siglos y siglos?

*(Pausa.)*

Si te hubieras reconocido en ellas, habrías despertado.

MUJER: En mis sueños no era cuerpo,

sólo un alma revoloteando por ahí.

Mi espíritu inventará el cuerpo otra vez.

HOMBRE: El mundo inventó al cuerpo y es eso lo que vive.

MUJER: El mundo es una invención del espíritu, no te engañes.

Por eso sigo viva.

Porque mi espíritu quiere existir pero no en esos cuerpos.

HOMBRE: Inventemos tu cuerpo, otra vez.

MUJER: ¿No te diste cuenta que esas historias no eran nuestra historia?

HOMBRE: Lo que yo sabía es que leyéndote ese libro ibas a despertar.

Y eso era lo que más deseaba, Izta.

*(Pausa.)*

MUJER: ¡Qué alegría encontrarte al despertar!

*(Le acaricia el rostro)* ¿Te arrepientes?

HOMBRE: No.

MUJER: Apenas te estoy reconociendo. Cambiaste.

HOMBRE: Sólo un poco.

Menos pelo y más joroba.

Sí, cambié, pero mis manos son las de siempre.

En tu cuerpo las reconocerás.

MUJER: Todavía está dormido.

HOMBRE: *(Recorre el cuerpo de la mujer con sus manos tomándose todo el tiempo para describirlo y hacer que poco a poco la mujer se estremezca)*

No hay vértigo en tus pendientes ni arenales que detengan mi camino.  
Tu cuerpo chorrea cielo, tu vientre tiembla, tus semillas estallan.  
Entre brazos de nieve, el color del deshielo, la yerba de mi sombra,  
mis manos de lluvia oscurecida por los pájaros sobre tus pechos blancos, verdes,  
pezontierra;  
mujer tendida hecha a la imagen del mundo.  
El mundo es tus imágenes. Imágenes de mi palabra.  
En un caer inmóvil de cascada, vibras, te precipitas en tus semejanzas,  
yo soy tu lejanía, la estela de tus erosiones.  
Tú me repartes en tus partes, altar el pensamiento y el cuchillo.  
Ojos jaguar en espesura de pestañas.  
Bosques de pinos erizados por mi tacto.  
Tu cuerpo son los cuerpos del instante, es cuerpo el tiempo del mundo.  
Estoy aquí.  
La hendidura encarnada en la maleza,  
los labios negros de profetisa se abren y escurren la palabra  
JUNTOS: dos sílabas enamoradas.\* \*Versos sueltos del libro Blanco de Octavio Paz

*La mujer grita de placer. El grito reverbera en el espacio. Todo se estremece.*

*Pausa en silencio.*

4.

*La Niña sin pelo saca pequeños güajes en cuyo interior hay un líquido rojo. Lo vierte sobre los objetos mientras dice su rezo.*

NIÑA SIN PELO:

Están aquí.

Se han encontrado donde confluyen todos los sacrificios.

De los niños, niño y niña, ofrendados al centro del oráculo,

de la novia vestida de verde viviendo en las profundidades del lago,

del sacerdote herido por él mismo en la cima de los dioses.

Sangre de sus labios, de su lengua y sus orejas,  
sangre como lava contenida en una piedra.  
Hoy se encuentran por un sueño de obsidiana.  
En la historia que acabó y de nuevo se repite.  
Ya no hay más.  
Círculo cerrado.  
Es el tiempo de la Volcana.

5.

MUJER: Ahora sí me acuerdo de todo.

HOMBRE: ¿De todo todo?

*(Sonríen cómplices.)*

MUJER: De casi todo.

HOMBRE: Y lo que falta por acordarte.

*(Se besan.)*

MUJER: Este es mi cuerpo que te desea.

HOMBRE: Pues entonces vámonos.

*(Se levanta intrépido) ¡Vámonos!*

MUJER: *(Trata de levantarse) ¡Vámonos!*

HOMBRE: *(Se encorva por su dolor de espalda) Ayyy.*

MUJER: *(Su cuerpo no responde) Ayyy.*

HOMBRE: ¿Qué te pasa?

MUJER: Mi cuerpo no se mueve.

HOMBRE: ¿Quieres irte?

MUJER: Con todas mis fuerzas.

HOMBRE: Trata.

MUJER: *(Mueve sus piernas, sus brazos, su torso) A caminar.*

*(Pausa).*

Ya lo olvidó.

*HOMBRE e MUJER se esfuerzan por irse.*

MUJER: No puedo.  
HOMBRE: Claro que sí.  
MUJER: (*Mueve su cuerpo inerte.*)  
HOMBRE: ¡Inténtalo!  
MUJER: No se mueve.  
(*Pausa.*)  
MUJER: ¿De qué sirve que esté despierta?  
HOMBRE: De que sirvió haberte esperado.  
MUJER: Estamos juntos.  
HOMBRE: Inmóviles.  
MUJER: En el mismo sueño.

4.

*La Niña sin pelo invoca a los espíritus malignos. Se escucha un viento fuerte.*

NIÑA SIN PELO:

Espíritu del granizo, espíritu del granizo, perlas amadas, apersónense aquí.

(*El viento se escucha más fuerte*)

Culebrín del aire, culebrín del aire,

vete ya,

déjalos libres que tú no has sido llamado.

Suelta a los volcanes y déjalos ir.

Culebrín de aire, culebrín de aire,

vete ya,

vuelve a las profundidades de la roca,

vuélvete con los tuyos y no regreses más.

*Un intenso remolino avienta a la Niña sin pelo hacia diferentes direcciones.*

*Danzando gira, corre, brinca, escapa y vuelve a ser atrapada por el violento aire.*

*Gira en sí misma como si estuviera al centro de un remolino y se esfuma.*

5.

*El hombre está desolado. Avienta piedritas. Cada vez que lo hace, el fuego chisporrotea.*

HOMBRE: (Íntimo)

Ya no sé si estamos vivos o soñamos que estamos vivos, Izta.

Tú soñabas mientras yo vi pasar el tiempo.

Cómo poco a poco todo fue cambiando.

Olvidé cómo era antes.

Cuando muy dentro de mí, al centro de mi cráter

había un lago verde donde descansaba mi espíritu guerrero.

Podían hacer que mi sangre hirviera,

pero en ese lago sumergía mis párpados cansados y el mundo se detenía.

Qué es un siglo sino sólo un segundo, pensaba.

Ahora las pirámides de hielo que emergen como lanzas desde mi interior

son las que me defienden de cualquier violencia.

Cómo aguantar tu frialdad si no es con el mismo frío con el que tú te cubres.

Pero también ardo, Izta, ardo de deseos,

ardo de vivir y las columnas de vapor queman mis defensas.

Lucho conmigo mismo.

Estoy en contradicción perpetuamente.

El fuego y la nieve están aquí (*golpea su corazón*) como cualquier mortal.

Soy un guerrero victorioso que ha sido derrotado por el tiempo.

Mi tesoro dorado ya no existe

y sólo me han dejado este olor a azufre que apesta.

Los siglos minaron mi fiereza y estoy triste en el fondo.

(Pausa.)

Te lo cuento aquí en lo bajo, para que sólo tú puedas escucharlo

ahora que ya no hay libro que leer y que tú no puedes levantarte.

Para que sepas quien te quiere y quién te odia al mismo tiempo.

Pero no creas que ya perdí toda mi fuerza.

La esencia de mi espíritu está al centro.

Creo.

Espero.

Es lo que desearía.

No sé.

Ya no sé.

Ha pasado tanto tiempo

*(Empieza a sollozar quedamente)*

MUJER: Lo siento tanto, mi amor.

6.

*Aparece la Niña sin pelo donde está el hombre y la mujer.*

NIÑA SIN PELO:

He llegado.

Me ha traído Ehécatl hasta su morada.

Traigo lo que la Volcana necesita.

*El hombre la mira incrédulo y la mujer sonríe melancólica.*

*La niña sin pelo procede a curar a la mujer cantando una canción náhuatl.*

*Con una hoja de palma barre el lugar y el cuerpo de la mujer.*

*Recorre el cuerpo con el huevo para sacar el mal y luego lo entierra.*

*Bendice las tres piedras y las marca con la señal de la cruz.*

*Pone una en cada mano de la mujer y otra detrás de su cuello.*

*Pasa sus manos por encima del cuerpo de la mujer.*

NIÑA SIN PELO: *(Canta una y otra vez)*

Zaniyo in cuicatl ica on pupulihui in amotlaocol.

In tepilhuan ica yehua, amelel on quiza.

Quiyocoya in Ipalnemohua, qui ya hual temohuiya moyocoyatzin,

In ayahuiloxochitli, ica yahua amelel on quiza.

7.

NIÑA SIN PELO: (*Exhausta*) Ya está bien doña Manuela.

MUJER: Soy Izta.

NIÑA SIN PELO: Y Rosa.

MUJER: Jamás.

NIÑA SIN PELO: Es usted la Volcana, dueña de estas tierras.

Nuestra diosa, nuestra madre.

MUJER: ¿Crees que ya puedo caminar?

*La niña sin pelo asiente con la cabeza.*

HOMBRE: Vamos a ver.

*El hombre ayuda a levantarse a la mujer.*

*Ella logra dar algunos pasos.*

*Sonríen, se abrazan.*

HOMBRE: (*Emocionado*) Ya nos podemos ir.

MUJER: ¡Vámonos!

NIÑA SIN PELO: ¡Noooo!, ¡no se pueden ir!

Los he despertado para que habiten nuestro mundo,  
para que regresen con nosotros e implanten nuevamente su reino.

HOMBRE: Nos tenemos que ir.

NIÑA SIN PELO: Nooooo; no se pueden ir.

Aquí es su lugar, aquí su razón de ser,  
aquí la mía, la de mi pueblo, la de mi destino.

Ustedes son nuestros dioses, nuestros volcanes.

Para eso sobreviví,

para traerlos a la vida y se queden con nosotros.

HOMBRE: No podemos, no podemos arder, ni llenarnos de lava,

ni esperar el final de los tiempos.  
No seremos lava y cráteres encendidos, calor y muerte, terror y fuego.  
No podemos vivir muertos, impávidos frente a sus ofrendas.  
Nuestro futuro es otro.  
Izta y yo viviremos todo aquello que perdimos en el sueño.  
NIÑA SIN PELO: Ustedes tienen que vivir para nosotros.  
Vengar el tiempo perdido.  
Hacer justicia.  
Implantar el reino de Quetzalcóatl.  
MUJER: Haremos nuestro propio sueño,  
y tú podrás visitarnos.  
Vendrás a nosotros.  
Y nosotros te escucharemos porque eres la elegida,  
la que sobrevivió al rayo de Tláloc.  
Los escucharemos, pero no muertos ni helados,  
sino en el Tlallocan donde todo reverdece.  
(Al hombre) Como nuestro jardín.  
HOMBRE: Sí, como nuestro jardín, Izta.

*El hombre y la mujer se apoyan uno al otro.  
La mujer cojea y el hombre camina encorvado.  
Se van alejando lentamente.  
La niña sin pelo se queda impávida.*

*La imagen de los volcanes en el horizonte se va desvaneciendo poco a poco.  
La niña sin pelo se hace un ovillo.  
Los volcanes desaparecen.  
El cielo se pone rojo.*

OSCURO FINAL